

del desprecio de las riquezas, y enseñó á los hombres la manera de justificarse de la culpa cometida en la mala adquisición de los bienes temporales, encargándoles que los distribuyesen entre los pobres, para llegar por medio de la limosna á tener amigos en el cielo.

Los fariseos ricos, llenos de orgullo igualmente que de avaricia, creían que los bienes que poseían no eran sino una justa recompensa de virtudes que ellos se atribuían, y, extraviados por ese erróneo concepto, se burlaban de las enseñanzas que les daba Jesucristo sobre la limosna; por lo que el Salvador, para contestar á sus desprecios, les refirió la doble parábola de Lázaro pobre y del rico avariento. El pobre Lázaro, cubierto de úlceras, pide al rico las migajas de pan que caían de su mesa, y ni aún esa gracia alcanza; muere después, y los angeles le conducen al seno de Abraham. Á su vez muere también el rico y baja al infierno, y de medio de las llamas grita, dirigiéndose hacia Abraham : *«Padre, tened piedad de mí, y enviadme á Lázaro, á fin de que moje en agua la yema de su dedo para refrescarme la lengua.»* Abraham responde á este condenado: *«Entre ti y Lázaro ha puesto la justicia un abismo que ni tú ni él podéis traspasar.»* Á pesar de eso, los fariseos no se convertían; pero los discípulos de Jesús se instruían con esas lecciones, llenas de sabiduría, y se quedaban grabadas en su memoria para ser después transmitidas á la posteridad.

## EL JUEZ INICUO, LA ORACIÓN

Todavía habló Jesús á los fariseos acerca de la oración, á pesar de que lo había hecho antes tomando el ejemplo de un hombre que se levantó á media noche y dió lo que no quería dar, únicamente por librarse de la molestia importuna de aquel que no cesaba de pedirle y de llamar á su puerta, con motivo de lo cual añadía Jesús : *«Si un hombre hace eso, ¿qué no hará vuestro Padre, que es justo y bueno?»* Y bajo de otra forma diferente repitió esa misma instrucción en confirmación de estas palabras : *«Es necesario orar siempre y no cesar. Había, dijo, un juez que no tenía temor de Dios y que no cuidaba tampoco de los hombres, y un día se acercó á él una viuda y le dijo: «Hacedme justicia por lo que á mi parte concierne; y el juez lo rehusó por mucho tiempo, hasta que al fin dijo para sí mismo: «Aun cuando yo no tema á Dios, ni tampoco me importen nada los hombres, sin embargo, ya que esta viuda me importuna, la haré justicia, no sea que al fin me cause alguna afrenta y me avergüence. Vosotros oís lo que dice este juez inicuo; y ¿os parece que Dios no vengará á sus escogidos, que elevan á Él sus gritos día y noche, y que sufrirá que se les oprima por más tiempo? En verdad os digo que Él los vengará bien pronto.»*

La venganza de los justos y la que se les ha mandado pedir es su libertad, porque ellos no reclaman ser vengados con-



forme entiende el mundo la venganza, y como les está prohibido el pedirla, pues, si así lo hicieran, dejarían de ser justos. Piden, por lo tanto, el ser librados, no del juez inicuo, sino de la iniquidad; piden serlo de tentaciones del enemigo interior, y piden, sobre todo, ser librados de la malicia y tiranía del mundo; y Dios escucha esa oración, y en poco tiempo se ven ya libres. La vida es corta, así para los oprimidos como para los opresores; las cosas de esta vida son todavía más cortas, y Dios las dispone y ordena de tal manera, que son siempre conducentes á la justicia; y, en fin, los justos están ya vengados bajo la misma opresión de la iniquidad, desde el momento que Dios les concede esa paciencia y fuerza bastante por la cual humillan á la misma perversidad, aún en su triunfo momentáneo. El prisionero que lleva con él la justicia, hallándose sereno y tranquilo en su calabozo, está ya vengado del juez inicuo, como lo está el mártir de su verdugo alegrándose con inocente paz en medio de los tormentos. Dios venga luégo á cualquiera que acepta la opresión y sufre persecución antes que abandonar la verdad llenando su corazón del precioso dón de la justicia y poniendo la afrenta, el despecho y el remordimiento estéril, á manera de crueles clavos de hierro, en el corazón que se engríe y se jacta de no temer á Dios y de no tener cuidado alguno por lo que toca á los hombres. En el mundo se han visto solemnes ejemplos de esa providencial compensación, y no hay prohibición ni impedimento alguno para que puedan repetirse; y así, cada uno



Láminas 75. — El Rico avariento. — Grabado de Juan Cousin, que se conserva en la biblioteca de M. Anbar, Firmin-Didot, y data del siglo XVI.

puede ver por sí mismo dónde está la iniquidad triunfante y envilecida y dónde la justicia oprimida y llena de gloria, gozando de una profunda paz, y, por tanto, ya vengada.



Todo lo que hizo y dijo el Salvador se refiere de alguna manera á su Iglesia santa; y la figura de ella se encuentra en esa viuda obligada á solicitar y pedir en favor de su causa, puesta en manos de un juez inicuo. Hasta la venida al mundo de Aquel que ahora misteriosa y sobrenaturalmente la protege, la Iglesia estaba viuda, y su historia nos presenta el espectáculo constante de esa justicia por mucho tiempo rehusada, difícilmente concedida y prontamente vengada. Las infamantes inquietudes que perturban al juez de iniquidad y que al fin le obligan á que administre justicia, por poderoso y perverso que sea, no manchan en lo más mínimo los pensamientos de la Iglesia, porque ella teme á Dios, pero jamás teme las afrentas. Ella insta y apremia al juez de la tierra, y áun algunas veces le amenaza; pero también suplica al Juez del cielo, y sabe que Él juzgará. Rechazada, despreciada, encadenada y condenada á muerte, espera, y mientras espera y sufre, se ve coronada de justicia y de gloria inmortal.

Empero ¿por qué razón, pregunta San Agustín, la viuda dice: «*Vengadme*,» y por qué lo dicen los elegidos y los mártires en el Apocalipsis de San Juan, siendo así que expresamente nos está mandado rogar por nuestros enemigos y por los que nos persiguen y calumnian? Por esta venganza de los justos es preciso entender la destrucción del reinado é imperio de los malos, bien sea para que ellos se conviertan á la justicia, ó bien para castigo que arruine su poder; ó también, añade San

Cirilo, cuando la ofensa es personal, debemos poner nuestra gloria en olvidarla; mas cuando la injuria se hace á Dios mismo, entonces es permitido invocar á Dios contra los enemigos de su gloria y de su verdad.

Jesús terminó su instrucción por estas temibles palabras: «*Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿pensáis acaso que encontrará fe sobre la tierra?*» Cuando el Creador Omnipotente se aparezca bajo la figura del Hijo del Hombre, dice el venerable Beda, serán tan raros los escogidos, que se apresurará el fin del mundo, ménos por causa de sus oraciones que por causa de la indiferencia é incredulidad de los demás; y el Señor nos advierte eso para todos los tiempos, porque no sabemos la hora en que ha de venir, y porque la oración pierde toda su fuerza y eficacia desde el momento en que se acaba la fe. Creamos, por tanto, dice San Agustín, para orar y oremos para creer, porque la fe produce la oración, y la oración afirma y robustece la fe. Esta es la enseñanza de Cristo, fuera de la cual toda ciencia es vana; sin la fe, nada somos, y nada podemos sin la oración; y si alguno no quisiere oír esta verdad, tampoco quiere que Jesucristo haya venido para su bien á este mundo, y su orgullosa frente, rehusando y despreciando la claridad y hermosura de Dios, caerá y será sepultada en el cieno de las tinieblas. Mas como la oración, aunque en sí sea buena y eficaz, puede quedarse alguna vez estéril por causa de las condiciones con que se haga, Jesucristo completó la enseñanza sobre ese punto con una



parábola referente á la humildad con que es preciso entrar á la oración.

«Dos hombres, dijo, subieron al Templo para orar, de los cuales el uno era fariseo y el otro publicano. El primero, estando en pié, rezaba de esta manera consigo mismo : Dios mío, yo os doy gracias porque no soy como los demás hombres, los cuales son ladrones, injustos, adúlteros, ni tampoco soy como este publicano. Ayuno dos veces á la semana y pago las décimas de todo lo que poseo. Mas el publicano, permaneciendo alejado (al extremo del Templo), no se atrevía ni áun á levantar sus ojos al cielo, pero entre tanto se daba golpes de pecho, diciendo : Dios mío, tened misericordia de mí, que soy un pecador. Yo os declaro, añadió Jesús, que éste salió de allí justificado, pero no el otro.»

El orgullo es la pasión que más atormenta y domina el corazón del hombre; por eso Jesús toca con frecuencia ese punto, y el fariseo mencionado es la imagen viva de vicio tan detestable. Él ora, pero su oración lleva el carácter del orgullo, que es el desprecio de Dios, porque niega á Dios lo que le pertenece desde el momento en que se atribuye á sí mismo sus virtudes y su justicia; y precisamente esta justicia orgullosa es la perdición de su alma. Hace la oración de pié, para que no quede duda de que su altivez se refleja hasta en su actitud; y ora consigo mismo, porque sus pensamientos salen de él y vuelven á él, y nada hay fuera de él que merezca su atención; y aunque principia su

oración diciendo : «*Dios mío, yo os doy gracias,*» se ve por lo que dice después que es á sí mismo á quien se las da, porque reconoce que los méritos son de él y no de Dios, y no desea otros diferentes que los suyos propios, ni tampoco los pide, ni pide nada. De ese modo, dice San Agustín, tú eres perfecto,

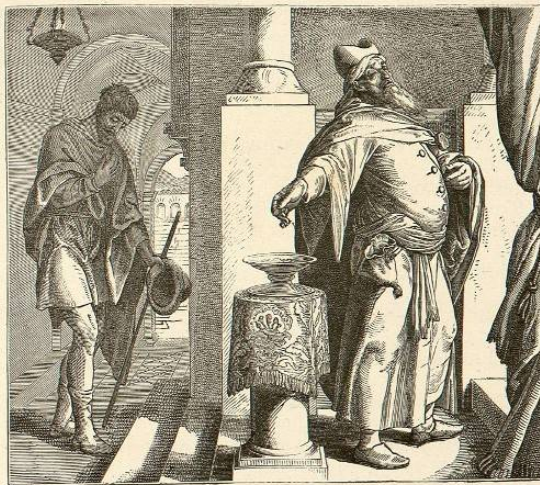


Lámina 76.—El Fariseo orgulloso y el Publicano contrito de sus pecados. «Yo os declaro, dice Jesús, que éste saldrá justificado y no aquél, porque todo el que se exalta será humillado, y todo el que se humilla será exaltado.»—Schnorr, *Ilustración de la Biblia*, París.

tienes todo en abundancia, y, por lo tanto, no tienes necesidad de decir : «*Perdónanos vuestras deudas.*» Sigamos con cuidado su oración, y así veremos que dice : «*Yo no soy como los demás hombres.*» Si al fin hubiera dicho : Yo no soy como gran número de hombres, pudiera haber habido algún fundamento y



verdad en su afirmación; pero nada de eso le permite expresar su orgullo, y en absoluto dice : «*No soy como los demás,*» lo que equivale á sostener que en los de su especie, y en el género hominal, él solo era el bueno, el justo y el intachable, y todos los demás hombres, incluso el publicano, eran pecadores, adúlteros y ladrones. Tal era el espíritu de su oración; y como en ella estaba encarnada la soberbia, con ella, según sentir de San Gregorio, abrió la ciudad de su corazón á los enemigos que la tenían asediada.

No me admira, dice San Agustín, que Dios perdone al publicano, que se acusa á sí mismo; y aunque se queda á la entrada del Templo, la contrición, no obstante, le aproxima á Dios, que ve con agrado sus disposiciones y gusta bajar hasta los humildes. El publicano no se atrevía á mirar al cielo, pero Dios le mira á él; su conciencia le obliga á inclinarse, y por eso le eleva la esperanza, y él, en fin, se da golpes de pecho para expiar en su corazón los malos pensamientos y despertarle de su letargo, y así logra que Dios le confiera la gracia. Hemos visto, pues, al soberbio que acusa y al humilde culpable; ahora escuchemos la voz del Juez, que da la siguiente respuesta : «*Yo os declaro que el publicano sale del Templo justificado y no el fariseo, porque el que se humilla será exaltado, y el que se exalta será humillado.*»

San Juan Crisóstomo, instruyendo á su pueblo, desenvuelve ese asunto bajo una forma enteramente bizantina. Figuraos,

dice, dos carros en un certamen : el uno lleva la justicia junta con el orgullo, y el otro el pecado junto con la humildad. El carro del pecado pasa al de la justicia, no por sus propias fuerzas, sino por la humildad, mientras que el otro es vencido, no por la falta de justicia, sino por el orgullo. La excelencia de la humildad triunfa del peso del pecado, y se adelanta y llega á Dios, mientras que el peso del orgullo detiene y entorpece la justicia; y por esa razón os digo que así hubieseis hecho una multitud de obras de virtud, si presumís de vuestro orgullo, habéis perdido todo el fruto de ellas; y por el contrario, aunque estuvieseis cargados con el peso de mil pecados, si con humildad os reconocéis culpables, podéis tener confianza de alcanzar el perdón, porque Dios no desprecia ni desecha el corazón contrito y humillado. Ahora bien, si la humildad unida al pecado es suficientemente ágil y capaz para adelantarse á la justicia unida al orgullo, ¿cuál no será la ligereza de la humildad cuando está unida á la justicia? ¿Á qué abismo no nos arrojará si se junta al pecado el orgullo, que puede envilecer y detener la justicia? No descuidéis, pues, la justicia, pero evitad el orgullo.

Para comprender el Evangelio es preciso dirigir una mirada sobre el mundo y sobre nosotros mismos; desde luego se ve cuán grande es la vida y los bienes que ha recibido de su enseñanza, y cuántas luces han caído sobre la inteligencia para esclarecerla é ilustrarla con su predicación é influencia. ¿Quién ha podido si no revelar y dar un completo conocimiento de Dios y



del hombre, ponerlos en relaciones y encontrar hasta en la misma miseria del hombre medios idóneos para acercarle á Dios? ¿Quién ha podido hacer que el mismo pecado, por la humillación que debe causar, sea casi un instrumento de salud? Teniendo en cuenta que el motivo de la Redención ha sido la caída del hombre por causa del pecado, y que la Redención no podía efectuarse más que por la Encarnación, se comprende que la Iglesia haya podido decir y exclamar : «*Oh feliz culpa!*» Y si se considera también que el orgullo tiende constantemente á separar y alejar el hombre de Dios, podemos asimismo decir en algún sentido que «*felizmente hemos pecado,*» en cuanto que por causa de la culpa vino el Mediador para unimos y reconciliarnos con Dios. San Pablo se apoya y consuela en su misma flaqueza, y reconoce que la tentación que le combate y azota como si fuera un instrumento de Satanás le hacía falta para librarse del orgullo, porque, como dice un comentario atribuído á San Ambrosio, no era posible que el corazón de un hombre que había visto cosas y misterios tan admirables no se envanebiese, si no hubiera sido humillado con los defectos de la condición humana. De ese modo, el pecado sirve, por lo ménos, para quitar el orgullo de nuestros caminos, y porque, cayendo nosotros sobre éstos, evitamos caer en el abismo. Esta gran sabiduría acerca de la miseria del hombre y de la clemencia de Dios brilla por doquiera en las parábolas, y al mismo tiempo es accesible á todas las inteligencias por la sencillez con que está

expresada; y en eso se fundó Bossuet para decir que era leche para los niños y pan para los fuertes. Se aparece en ella Jesús lleno de secretos; pero al mismo tiempo habla sin asombro y de una manera tan natural, que denota haber nacido en esos arcanos y en esa gloria, y que es legítimo enviado para explicarlos.

## POBREZA VOLUNTARIA, LOS NIÑOS

Una ocasión preparada por Dios hizo comprender á los discípulos la gran dicha y mérito de la pobreza voluntaria. Llegó y se arrodilló delante de Jesús un joven de las primeras familias del país, y le preguntó qué debería hacer él para conseguir la vida eterna, y Jesús le dijo que observase los mandamientos. «*¿Qué mandamientos?*» preguntó de nuevo el joven. Y Jesús le contestó que él los conocía y sabía que eran los siguientes: «*No matarás, no cometerás adulterio, no hurtarás, no dirás falsos testimonios, no engañarás á nadie, honrarás á tu padre y á tu madre y amarás á tu prójimo como á ti mismo.*» El joven dijo que ya había cumplido todos esos preceptos, y preguntó qué era lo que necesitaba además. Entonces Jesús, que veía su sinceridad y su inocencia, le dijo : «*Todavía te falta una cosa. Si quieres ser perfecto, anda, vende todo lo que posees, dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y después ven, y sígueme.*» Al oír esto el joven, se retiró de allí enteramente oprimido de la tristeza, porque poseía muchos bienes;